**Domingo 3º del T.O. (21.01.2018): Marcos 1,14-20.**

***“Servir, ¿fue la fe de Jesús y la nuestra?”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Acabo de caer en la cuenta de que se nos propone la lectura de **Marcos 1,14-20** para la meditación de la palabra del Evangelio en este nuevo domingo. Y desde que comenzamos a leer este relato llamado ‘Evangelio de Marcos’, los maestros de la liturgia aún no nos han recomendado la lectura de Marcos 1,12-13. Este relato de las tentaciones de Jesús nos lo han guardado para el primer domingo de la Cuaresma. Y me digo: si tan desordenada es la lectura de este librito de Marcos, ¿cómo será posible que nos enteremos de su mensaje?

*“Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea y proclamaba…”* (Marcos 1,14). Así comienza la narración de la actividad de Jesús de Nazaret. A esta actividad se le puede llamar de muchas maneras. Y en cada manera de nombrarla se esconde más de una intencionalidad.

Hay quienes la llaman ‘misión’. La misión de Jesús fue… ‘anunciar la redención salvadora’ y de ella aquí ni se la nombra. La misión de Jesús fue... ‘sacramentalizar’ y de ella nada se alude en estas líneas. La misión de Jesús… ‘pastorear’ y de ella nada de nada leemos aquí. Aquella ‘misión’ fue una y única, según se aprende aquí: **Evangelizar, compartir una buena noticia**.

Retomo este versículo decimocuarto del primer Evangelio escrito, el de María Magdalena como tan clarividentemente se expresa en el relato de Marcos 15,40 hasta 16,8. En cuanto muere Jesús, empezamos los lectores a saber que el hombre que ha muerto no ha muerto solo, porque estuvo acompañado de quienes se fiaron de él desde el comienzo de su tarea: un puñado de mujeres. A éstas, la llamada Iglesia de Jesús les negó y les niega el pan y la sal; todo.

Dicho esto en el comentario de 1,14-15, nos adentramos en la lectura y contemplación de la llamada de Jesús de Nazaret a los cuatro primeros seguidores varones. Cuando esto sucede, según acabamos de comentar, Jesús no está solo. Un puñado de mujeres le acompaña. Y le acompaña porque han entendido la buena noticia que es ‘ponerse al servicio’ de quien lo está necesitando. Esto del servicio de servir es fácil de decir y complicado de asumir y encarnar.

Es fácil servir al que está más arriba. Fácil y gratificante, porque se llega a disfrutar de muchas y grandes ventajas. Así lo entendió Simón, el hermano de Andrés, que al oír a Jesús le sigue. Y luego lo nombrará su Mesías deseado esperando así una jugosa recompensa. Para comprender que fue así, tú y yo debemos leernos Marcos 8,27-33. Este Simón era Satanás.

Es fácil servir al que está más arriba. Fácil y gratificante, porque se llega a disfrutar de muchas y grandes bendiciones lucrativas. Así lo entendieron y esperaban Santiago y Juan, los atronadores por ser los hijos de ‘El Trueno Zebedeo’, que es lo que significa este nombre hebreo. Para comprender que fue así, tú y yo debemos leernos Marcos 10,35-45.

Cuando se habla de ‘servir’, en este Evangelio escrito por María de Magdala, se habla de colocarse uno a la altura de quien está más abajo que uno mismo. Más abajo en poder, en saber, en tener, en salud… y empezar a hacer los dos una historia común de crecimiento, de humanización... Esta es la buena noticia de la fe que vivió y proclamó Jesús, el laico de Galilea.

**Domingo 8º de Lucas (21.01.2018): Lucas 2,33-40**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

El Evangelista Lucas finaliza el relato de la purificación, según orientaba la Ley de Moisés, con los mensajes de un hombre y de una mujer que viven bajo la luz de esta Ley. Ya sabíamos que el hombre se llama Simeón, anciano y sabio, (2,33-35) y ahora nos enteraremos de que la mujer se llama Ana (2,36-38) y está vincula existencialmente con el Templo de Jerusalén.

Por medio del lenguaje-ropaje del mito, el Evangelista pone en boca de ambos personajes, del Templo y del pueblo de la Ley, el impacto de la vida y la tarea de Jesús de Nazaret, que ahora es bebé de cuarenta días, pero que cuando esto se escribe lleva varias décadas fallecido. José y María, los padres de Jesús, vivieron con inmensa sorpresa los últimos tiempos de su hijo, apresado, condenado y ejecutado. ¿Supieron que eran los padres de un blasfemo?

Creo que desde esta perspectiva se comprenden bien las palabras que el narrador del mito pone en labios de Simeón cuando anuncia a María lo que esta mujer ya vivió mientras contemplaba las decisiones que fue tomando el hijo de sus entrañas: *“A ti te atravesará una espada”* (2,35). Lo que se está anunciando como una profecía para el día de mañana ya se había cumplido en la historia de la vida de Jesús y de sus padres.

La vida y muerte de Jesús, como también la vida y muerte de Juan el bautizador, despertó una profunda contradicción en las personas que lo conocieron, sobre todo en aquellas que se creyeron y sintieron profunda y religiosamente judías. Piadosas. Fieles a la Ley y al Templo.

La profetisa Ana (2,36-38) es el tipo exacto de estas personas creyentes que han puesto toda su esperanza en las promesas que se le atribuían a Yavé, el Dios de Israel, el salvador, el redentor, el Altísimo y poderoso. Esperaba esta profetisa la liberación de Jerusalén, la llegada de un Mesías que sería la presencia del Dios en quien creía: Redentor de Israel, Altísimo y Poderoso. Esta mujer, esposa y viuda, *“hablaba del niño a todos los que esperaban la redención liberadora de Jerusalén”* (2,38). Explícitamente, la liberación del dominio de Roma.

El texto de 2,39-40 confirma al lector que todo cuanto comenzó a anunciarse en 1,5 se acaba de cumplir. Las gentes de este pueblo de Israel pueden fiarse del Dios de su religión. Éste anunció desde antiguo por su ángel Gabriel (Libro del profeta Daniel en su capítulo noveno) que el Mesías (ungido, elegido, consagrado) liberaría a Jerusalén y a su pueblo de toda dominación esclavizadora. Pero…

Sin embargo, el Evangelista ya está anticipando a sus lectores que este mesías liberador llamado Jesús vive, aprende y crece en Nazaret, en la Galilea del norte, lejos del único templo de Jerusalén, ajeno a todo sacerdocio y muy dudoso cumplidor de la Ley que su Yavé había entregado en manos de Moisés. ¿Cómo es posible que un hombre así, un laico como Jesús, pueda ser ‘el mesías que todos esperaban’?

Después de contemplar a este Jesús en los anuncios y decisiones de su vida, ¿quiénes se fiaron de él? Casi nadie y desde el principio. **¡Qué bien nos confirma esta realidad Lucas 4,14-30!**